



Sán Juan de Ávila, padre de almas

Para acceder a la fisonomía sacerdotal de san Juan de Ávila, hay un epíteto que es también una definición: «Padre de almas». Y el legado de su espíritu fecundo comprende dos donaciones: santidad de vida y de doctrina. En su carta al P. Luis de Granada, que es uno de los documentos más íntimos y personales, se retrata a sí mismo de cuerpo entero, como asceta y sacerdote de Cristo. El espíritu apostólico del Maestro de Ávila descansa sobre dos bases: el amor filial a Dios y el amor paternal a los prójimos o hijos. Y hay un enlace entre ambos: cuanto mejor hijo de Dios es un sacerdote, tanto más reposa sobre él el amor paternal con que abraza a los demás hermanos. El espíritu filial para con Dios, hecho de respeto, de reverencia y de amor, atrae la dádiva caritativa que viene de Dios, y «es una expresa imagen del paternal y cuidadoso amor que nos tiene»¹.

Ser «padre de almas» consiste en dar vida a los hijos y en criarlos para Dios hasta que logren su madurez, y el amor es la fuerza fecunda de este oficio. «Amamos más a los (hijos), que por el evangelio engendramos que a los que naturaleza y carne engendra, porque es más fuerte que ella, y la gracia que la carne»². Y ese «amor cuidadoso» es prolífico por doble manera: por la voz y las lágrimas: «Los hijos no tanto han de ser hijos de voz cuanto hijos de lágrimas; porque si uno llora por las ánimas y otro predicando los convierte, no dudaría yo en llamar padre de los así ganados al que con dolores y gemidos de parto lo alcanzó del Señor, antes que al que con palabra pomposa y compuesta los llamó por defuera»³. Por eso «a llorar aprenda quien toma oficio de padre»⁴.

1 Carta 1 a un predicador: Fr. Luis de Granada, 5, p. 19. Usamos la edición de las *Obras completas del santo Maestro Juan de Ávila*. BAC. Madrid, publicada en 6 volúmenes por Luis Sala Balust y Francisco Martín Hernández. El *Epistolario*, que hemos utilizado con más frecuencia, aparece en el vol. 5.º (1970). Y el tratado *Audi, filia*, en el 1.º (1970). Empleamos la sigla C = carta, seguida del número, e indicamos la página = p. Hemos conservado la grafía de la edición BAC.

2 C. 1, p. 19.

3 *Ibid.*, p. 20.

4 *Ibid.* Aquí emplea el Maestro Ávila «la respuesta a la palabra divina que fue dicha a la madre de san Agustín

Tal fue la paternidad trabajosa y dolorida de san Juan. «Eran sus vigilijs muy continuas, llenas de dolores y gemidos por los pecados del mundo»⁵. Con dolores de parto engendró la multitud de almas que le buscaron por todas partes⁶.

Al trabajo de la generación ha de seguir el de la crianza, que es también tarea de amor y de paciencia sin límites. Con una imagen pintoresca se retrata aquí el maestro: «Y si esta agonía se pasa en engendrar; ¿qué piensa, padre, que se pasa en los criar? ¿Quién contará el callar que es menester para los niños, que de cada cosita se quejan, el mirar que no nazca envidia por ver ser otro más amado, o que parezca serlo, que ellos? ¿El cuidado de darles de comer, aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar entre los coros angelicales por descender a dar sopitas al niño? Es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa»⁷. Es significativo el verbo «descender» que emplea el maestro, porque bajaba de grandes alturas de contemplación para enseñar el alimento a los párvulos de su feligresía.

Y además el padre, aun en medio de sus dolores y fatigas, debe tener el difícil arte de reír con unos y llorar con otros. Porque «está algunas veces el corazón del padre atormentado con mil cuidados y tenía por gran descanso soltar las riendas de su tristeza y hartarse de llorar; y, si viene el hijito, ha de jugar con él y reír; como si ninguna otra cosa tuviera que hacer»⁸. Y luego la paciencia para estar repitiendo siempre las mismas cosas sencillas y elementales, y «mil veces oírlos preguntar lo que ya les han respondido, y tornarles a decir lo que ya se les dijo. ¡Qué oración tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran! Porque si se mueren, créame, padre, que no hay dolor que a éste se iguale; ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo, como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre»⁹.

Nadie sabe lo que sufrió el corazón sensibilísimo del P. Ávila en agonía constante de recelos y de temores por la suerte de sus hijos, «de arte que, si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado; y si salen malos, dan una tristeza muy triste; y así no es el corazón del padre sino un recelo continuo, y una atalaya desde alto, que de sí lo tienen sacado y una continua oración, encomendando al verdadero Padre la salud de sus hijos, teniendo colgado la vida de él de la vida de ellos, como san Pablo decía “Yo vivo, si vosotros estáis en el Señor” (1 Tes 3, 9)»¹⁰.

El amor no vive para sí sino para otros y este vivir por otros y para otros es propio sobre todo de un «padre de almas», como lo fue el Maestro Ávila. Fue el suyo un vivir azacanao y doloroso, que no hallaba consuelo ni solaz en ninguna parte.

por boca de san Ambrosio: Hijo de tantas lágrimas no se perderá». Dichas palabras no fueron de san Ambrosio, sino de un obispo africano, que nos es desconocido.

5 Fray Luis de GRANADA, *Vida del Venerable Maestro Juan de Ávila, predicador de Andalucía, Obras Espirituales*. Madrid 1730, tomo VIII, pp. 591-722. El libro se imprimió en la Oficina de Manuel Fernández.

6 Sobre los muchos discípulos e hijas espirituales que siguieron al Maestro Ávila, véase Luis SALA BALUST, *Biografía del Maestro Juan de Ávila*, en *Obras completas del santo Maestro Juan de Ávila*. BAC. Madrid, vol. I (1970), pp. 3-389.

7 *Ibid.*, p. 20.

8 *Ibid.*

9 *Ibid.*, p. 21.

10 *Ibid.*, p. 22.

Es propio del amor labrar un profundo seno de alojamiento a las personas que ama. San Agustín, al describir en sus *Confesiones* la formidable potencia de la memoria, nos habla de los espacios anchurosos, de los vastos palacios y moradas, del santuario ancho e infinito de la memoria, donde se atesoran tantas riquezas de impresiones y conocimientos, que han entrado allí por diferentes vías. El amor o la memoria amorosa ensancha el espíritu sobre todo para hospedar a las personas vinculadas por amistad¹¹.

Conviene tener presente esto para conocer la grandeza del espíritu del Maestro Ávila, que tuvo una inmensa capacidad de recepción para tantas almas que le seguían, asidas a su afecto paternal. Escribe a una hija espiritual: «Fue tan grande el amor que, por veros sierva de Dios, os cobré y entrastes tan dentro de mi corazón, mirando que obró Dios en vos sus misericordias, que nunca más de mi seno habéis salido»¹².

En este anchuroso *seno* del amor entraron y vivieron muchas almas, toda una numerosa población de almas a las que dio luz y alivio. Al Maestro Ávila hay que imaginarlo encorvado bajo el peso enorme de su apostolado, y así concebía él el sacerdocio católico: «Entendamos que nosotros somos los ojos de la Iglesia, cuyo oficio es llorar los males todos que vienen al cuerpo, y que ahora para hacer bien este oficio pongamos fin a nuestros malos placeres, y hollemos ya llano, como dicen, y andemos con entrañable cuidado como gente que trae sobre sus hombros una carga en gran manera pesada»¹³. Esta carga se hace todavía más dolorosa, cuando forzosamente hay que echar encima el peso de cadáveres o de almas muertas de los hijos, «porque si mueren, créame, padre, que no hay dolor que a éste se iguale»¹⁴.

En este aspecto el *Epistolario*¹⁵ es una colección de documentos, que mejor revelan su fisonomía espiritual. Por él desfilan toda clase de personas. Sobre todo las cartas dirigidas a las mujeres son las más instructivas por el celo, la delicadeza de sentimientos y la pericia en curar las enfermedades de tantas pacientes, que se ponen en sus manos. Aquí acierta plenamente el P. Luis de Granada cuando dice: «Parece que el pecho de este padre era una espiritual botica, donde el Espíritu Santo había depositado las medicinas necesarias para curar a tantas enfermedades, como padecen nuestras ánimas que, sin duda, son más que las de los cuerpos»¹⁶. Y más

11 *Conf.* 10, 8-16. La cuestión de la memoria es una de las que con más frecuencia han sido tratadas y con más acierto expuestas por san Agustín. Poco o casi nada se puede añadir a lo escrito por nuestro Santo. La separación diferencial de las imágenes en los depósitos o palacios de la memoria ha sido magníficamente puesta de relieve por los trabajos de psicología experimental, localizando cada una de estas especies o géneros de imágenes en centros diferentes, aunque subordinados al sentido íntimo. Cf. *Las Confesiones*, Ed. del P. A. C. VEGA (BAC) Madrid. 7.ª Ed. 1979, pp. 454-55.

12 C. 176, p. 614.

13 *Plática 2.ª a los sacerdotes* 3, 392.

14 C. 1, p. 21.

15 Sobre el *Epistolario*, véase Luis SALA BALUST, *o. c.*, 1, pp. 260-264: «De todas partes de España llegaban a él las cartas». Juan Hurtado y Angel Palencia dicen de ellas: «Estas cartas se distinguen por la efusión de los afectos y por la brillantez de estilo; muchas bellezas de forma en los escritos de Fray Luis de Granada están aquí como en preludio o en germen, aunque la frase de Ávila no tiene la magnitud ni el número de la de Granada, ni el corte esencialmente literario de León. Las cartas dirigidas a mujeres son las más atractivas, y las escritas a prelados y caballeros tienen el fondo más doctrinal, y todas se distinguen por la solidez en el razonamiento, por su abundante doctrina doctrina teológica, por la riqueza de su vocabulario, por la elocuencia natural y por la novedad de los epítetos. Capmany ha recogido algunas expresiones muy felices de Ávila que luego pasaron a otros escritores piadosos», *Historia de la literatura española*, 1, pp. 432-433.

16 *O. c.* 1, 3.

que una botica, el corazón de Juan de Ávila fue un hospital general abierto a todos sin distinción de clases ni de personas.

EL DESMAYO

La palabra «desmayo» y sus derivados ocurren frecuentemente en la correspondencia epistolar de san Juan de Ávila. ¿Se trata tal vez de una epidemia de su tiempo? Ciertamente, en la cristiandad nunca han faltado ni faltarán quienes han sentido la pesadumbre y el agobio de las culpas y de las flaquezas humanas. San Agustín dialoga de este modo con uno de estos cristianos: «No temas: pronto se curarán todas tus debilidades (*languores*). Pero es que son muy graves, mes dices. Para el médico omnipotente no hay enfermedad incurable: tú sólo déjate curar de él y ponte en sus manos»¹⁷.

Sin duda, este *languor*, de que habla nuestro Santo, como debilidad, flaqueza, desaliento, sentimiento de impotencia, tiene mucho que ver con el desmayo de que nos habla el Maestro Ávila. Y aquí conviene aludir a una tensión religiosa que vivió la cristiandad europea en la postrimerías de la Edad Media. Me refiero a la tensión entre la justicia y la misericordia de Dios, cuyo reflejo fue la de la fe y las buenas obras, o de la gracia y el libre albedrío. La concordia entre ambos apasionó a los hombres de aquella época, en que apareció la Reforma protestante.

Ya san Agustín, viendo a la criatura sometida a la doble fuerza atractiva y repulsiva de Dios, resolvió el contraste con una célebre paradoja: *Vis a Deo fugere? Ad Deum fuge*¹⁸, esto es: «¿Quieres huir de Dios? Huye hacia él». Con otras palabras: ¿Quieres escaparte de la justicia de Dios? Arrójate en los brazos de su misericordia. Aparecen aquí los aspectos de *fascinosum et tremendum*, y bosquejan una solución de misericordia, lograda por Cristo.

Lutero luchó angustiosamente con este problema y para liberarse de sus terrores excogitó la doctrina de la fe o de la justicia sin las obras. Cristo nos cubre con el manto de su justicia y nos salva sin el mérito de nuestras obras. H. Grisar en su obra sobre Lutero inserta un capítulo titulado «Un mal del tiempo, la duda y la melancolía». Y a este respecto escribe: «No hay que pasar en silencio un síntoma asociado a la revolución religiosa, conviene a saber, el fenómeno observado por los contemporáneos, que se extendió dentro del círculo del nuevo evangelio, aun entre los más celosos promotores; la tristeza, el desencanto y la melancolía y la angustiosa, males a que se dio el nombre de melancolía. Lucas Osiander decía que la cobardía y la desesperación de la gente piadosa era un signo precursor del fin del mundo»¹⁹.

Nos hallamos ante un fenómeno, si no idéntico, muy semejante al desmayo. Y probablemente este virus entró en los dominios de nuestra Patria y contagió a muchos españoles en el tiempo de san Juan de Ávila. El miedo a Dios y el temor de la salvación agitó a muchos espíritus de su tiempo. «Es la desesperación y el caimiento del ánimo tiro tan peligroso de nuestro enemigo, que cuando yo me acuerdo de los muchos daños que por ella han venido

17 *En. in ps. 102. 5. PL 37, 1319.*

18 *En. in ps. 146, 20. PL 37, 1913.*

19 H. GRISAR, *Luther*. Freiburg in Breisgau 1911, c. 24.

a conciencia de muchos, deseo hablar algo más en el remedio de aqueste mal, si por ventura resultare algún provecho»²⁰.

Con estas palabras alude a la dolencia de que tratamos aquí, y que tanta lástima causaba a nuestro predicador, confidente de tantas almas desmayadas. Juan Corominas da a la palabra desmayo este origen: «Tomado del francés antiguo *esmarier*, perturbar; inquietar; espantar; espantarse, desfallecer; y éste procedente del latín vulgar *exmagare*, quitar las fuerzas, voz que dejó descendientes en varios romances itálicos, galos e hispánicos, derivada del germano *magan*, tener fuerzas, poder»²¹.

La palabra «desmayo» tiene dos acepciones en nuestro autor: una física o corporal, y otra espiritual, que es la que aquí nos interesa²². El uso frecuente de Juan de Ávila nos daría a conocer el significado de este fenómeno. En el contexto de sus citas, aparece un rico vocabulario de sustantivos y verbos como acíbar, aflicción, alborotos, angustia, aprietos, apreturas, ausencia de Dios, bocados de remordimientos, caimiento de corazón, cansancio, carga, castigo, combate, congoja, cruz, cuidado, decaimiento, desabrimiento, desaliento, desamor, desamparo, desánimo, desazón, desconfianza, desconuelo, descontento, desesperación, desgracia de Dios, destierro, disgusto, dolor; enojo, fatiga, impaciencia, lágrimas, llanto, pena, «píldora de oscuridad», purga, pusilanimidad, sequedad, tentaciones, tormento, trabajo, etc.

El desmayo, pues, es un estado complejo de ánimo, en que se siente la ausencia y la lejanía de Dios, la propia culpabilidad, la impotencia o falta de fuerzas, y el descontento de sí mismo, con deseos de salir de él. Es un caimiento del corazón, como dice nuestro autor. Semejante estado se apunta en el poeta Bartolomé C. de Figueroa, cuando dice:

«Pudiera ser que el ánimo
me levantará el ánimo».

En el desmayo, el ánimo deja al ánimo caerse en el suelo, a la que no puede levantar la fuerza viril del espíritu o el poder de la gracia divina. El P. Ávila habla de caimiento de ánimo, que también dio en tierra con la caída de los primeros padres, donde pone el origen del desmayo: «Huyó Adán de Dios, porque lo desmayó el pecado... Mas efecto propísimo del pecado es el desmayo del corazón. El pecado luego va al corazón y da el desmayo»²³. Pecado, fuga, desmayo: en estas palabras se resume toda la tragedia del hombre caído. De aquí traen origen todos sus males. Por eso «peligrosa ponzoña bebe quien hace pecado; feísima faz tiene para espantar a quien de verdad lo conoce, y muy bastante para desmayar a cualquier hombre por fuerte que sea»²⁴.

Por esa faz feísima puede conjeturarse cuánto desagrada a Dios el pecado: «Mas con todo esto, debéis mirar y miremos todos con ojos abiertos, cuánto desagradó a Dios el desmayo y desesperación que los hijos de Israel tuvieron con estas cosas ya dichas... ¿No os parece que

20 *Audi, filia*, 2, 23, p. 609.

21 Ver *Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana*.

22 El desmayo físico se ve en la carta al Duque de Arcos: «Se acuerde vuestra merced de aquel día del desmayo, que se pensó ser para vuestra señoría el postrero de sus días», C. 245, p. 800.

23 *Lección 24 sobre 1 de san Juan*, 4, p. 363.

24 *Audi, filia*, 2, 21, p. 604.

tenemos razón para maldecir este vicio a la honra de la bondad divina, la cual es mayor que nuestra maldad, cuanto Dios es mayor que el hombre?»²⁵. Alude aquí al desmayo y descorazonamiento en que cayeron los israelitas, desconfiando de Dios²⁶.

El tentador; que tuvo tanta parte en el primer desmayo del hombre, sigue desplegando su astucia con el mismo fin. «Otras veces suele el demonio hacer desmayar; trayendo pensamientos contra la fe, o muy sucios y abominables contra las cosas de Dios; y hace entender al que los tiene que salen de él, y que él los quiere... Su intento es desmayarle, para que así pierda la confianza que en Dios tenía, y así traiga el corazón alborotado y desabrido, que es cosa de que los demonios suelen sacar mucha ganancia»²⁷. El desmayo viene de la pesadumbre que dejó el pecado en el alma, impidiéndole moverse con gusto y alegría en sus obras, porque «pesará mucho nuestra ánima, todo se le hará dificultoso, todo le parecerá imposible, no le parece que hay camino para el cielo, en todo halla estorbo, anda cargado con arroba de plomo, ¿qué digo una arroba? como con cien quintales de plomo»²⁸.

Esta pesadumbre derriba los ánimos y prepara muchas caídas, porque el tentador trae a la memoria «los pecados gravándoselos cuanto puede, para que espantado con la muchedumbre y graveza de ellos, (c)aya desmayado, como debajo de una carga pesada, y así desespere»²⁹.

Al Maestro Ávila le daban mucha lástima estas almas agobiadas con esta pesada cruz. «Mas cuando este vigor y alegría falta, es cosa digna de compasión ver lo que pasan personas que andan en el camino de Dios, llenos de tristeza, desaprovechada, aheleados los corazones, sin gusto en las cosas de Dios, desabridos consigo y con sus prójimos, y con tan poca confianza en la misericordia de Dios que por poco no tenían ninguna. Y muchos hay de éstos que no cometen pecados mortales, o muy raramente»³⁰.

Profundizando en la raíz de esta situación humana tan desfallecida y postrada, el Maestro Ávila la descubre en aquel deseo y hurto de la divinidad cometido por Eva, madre de todos los vivientes, en los que inculcó el veneno de la ambición. Por eso aconseja a la Duquesa de Arcos, que andaba agitada por varios espíritus: «Cierre vuestra señoría las orejas a las muchas pláticas que el demonio y su propio corazón le trujeren diciendo: ¿Para qué me quiere a mí Dios, llena de tanta inhabilidad para el bien, tan sin provecho para él, y, en fin, con tantas faltas, que yo misma me aborrezco a mí y que juzgo ser cosa muy justa que Dios no me ame? Porque todo esto es cosa de no conocer *los tesoros de la bondad de Dios*, ni el secreto de su voluntad, con que escoge vasos indignos en que enseña las riquezas de su misericordia. Y esto suele nacer de una secreta raíz de soberbia, con la cual querríamos o no menester a Dios, o si lo hubiésemos menester; que no nos diese de gracia lo que nos da, o a lo menos que, ya que no lo merecemos, no lo desmereciéremos tanto. Este es el mal consejo de nuestro corazón, y la herencia del hurto de la divinidad, que nuestra madre Eva quiso hurtar»³¹. Esta herencia nos trajo una diversidad de espíritus que agitan a los seres humanos y los precipitan en tantos males.

25 *Ibid.* 2, 23, 611.

26 *Num.* 13, 28-34.

27 *Audi, filia*, 2, 25, p. 616.

28 *Sermón* 30, 2, p. 342.

29 *Audi, filia*: lenguaje del demonio, p. 447.

30 *Ibid.*, 2, 23, p. 612. A la Duquesa de Arcos que sentía varios espíritus de amor y de temor, de rigor y de blandura.

31 C. 90, p. 412.

LEY DE LOS CONTRARIOS EN LA VIDA ESPIRITUAL

La relación que señala el Maestro Ávila entre el desmayo y la primera tentación y caída, alude o significa una huella profunda en la condición humana para siempre. La desobediencia al Creador y la obediencia al tentador imprimió en el hombre dos tendencias, que desgarraron la unidad de su ser. De aquí aquella guerra intestina que denunció el Apóstol: «La carne tiene deseos contra el espíritu, y el espíritu contra la carne» (Gal. 5, 17). San Agustín, con mucha expresividad y concisión, había expresado este fenómeno con estas palabras: *Et adversus me impietas mea me diviserat, et id erat peccatum insanabilius*, es decir, «Y mi impiedad me había dividido contra mí mismo, y éste era un pecado más incurable»³².

Juan de Ávila es muy fino psicólogo de este hecho, y ve al hombre agitado por dos bandos, que guerrean entre sí y causan tormento y tristeza en quien los padece. En la Carta a la señora Duquesa de Arcos nos documenta bien sobre esta doctrina: «Entienda vuestra señoría que el espíritu que está dentro de ella y la convida con amor y confianza y anchura de corazón y blandura, es espíritu de Dios y de verdad; y el que la estrecha y hace dudar y desmayar y enojar contra Dios y contra los prójimos y contra sí mesma y parecerle todo mal, es espíritu del demonio y de mentira. Y esta diferencia nota la santa Escritura que había entre Jacob y Esaú, que *Jacob era blando, y Esaú lleno de vello blanco y áspero* (Gn. 25, 25)»³³.

A otra señora que sentía muchos impedimentos en el servicio de Dios le recuerda la misma figura de Rebeca, la mujer de Isaac, que deseaba con grande agonía tener hijos, y concibió dos; y al cabo de ciertos días, sintió que andaban en su vientre bregando uno contra otro. Significaban dos pueblos, que saldrían de allí. Y así le dice: «Señora, si desea vuestra merced saber qué es lo que tiene, oiga: Dos trae en su alma, y el uno pelea contra el otro, y dan pena a la madre. El uno es instinto e inspiración de Dios; el otro es tentación del demonio. El uno es manso y lleno de paz, el otro es turbación y regaño. Consuela el uno a su madre en los trabajos, que pasa y dícele que se pasarán presto y que más merece Dios que sufra por él; y el otro dice que vida tan larga y siempre trabajos ¿quién ha de llevar? El uno se esfuerza diciendo que Dios acabará lo comenzado; el otro desmaya y trae desesperación»³⁴.

Ésta es, pues, una ley general de la vida espiritual, «porque ésta es cosa tan usada en este camino, que casi no hay quien por esta ley no pase, porque en contrapeso de gozar de Dios le han de dar que sufra al demonio. Y pues es ley tan general de que Dios usa con sus amigos, pãse vuestra señoría por ella, pues es una de ellos, y asiente en su corazón, que esto ha de ser así, y que por ahí van al cielo. Y conociendo quién es cada uno de los que hablan dentro de ella, será cosa fácil alcanzar victoria»³⁵.

Conviene, pues, conocer los lenguajes de los dos espíritus para no desviarse del recto camino. Así aconseja Juan de Ávila a un discípulo suyo: «Ni tampoco creáis a espíritu ninguno, que por graves tentaciones que os vengán, ni desconsuelos interiores, ni por tinieblas ni angustias, en

32 *Conf.* 5, 10, 18.

33 C. 90, p. 410.

34 C. 96, p. 434.

35 C. 90, p. 411.

que vuestra ánima estuviere metida, o os quisiere hacer desmayar, y os dijere que desconfiéis del Señor que os ama»³⁶.

Juan de Ávila comprendió el peligro de este lenguaje del mal espíritu, que tiene tres órganos: el mundo, la carne y el demonio, y cada uno de ellos tiene su lenguaje. «Y aunque estos lenguajes no tengan orden en sí, pues son la misma desorden, mas para hablar de ellos, reduzcámoslo a la orden y número de tres, que son: lenguaje de mundo, carne y diablo, cuyos oficios, como san Bernardo dice, son: del primero hablar cosas vanas; del segundo, cosas regaladas; del tercero, cosas malas y amargas»³⁷.

De estos tres lenguajes diserta curiosamente en su libro *Audi, filia*, para enseñarnos a discernir las hablas interiores, que van minando la confianza en Dios y en la fuerza de su ayuda, y dando bríos a la desconfianza y al desmayo y la tristeza. El autor se muestra muy conocedor de las astucias de los enemigos del hombre. Los cuales a veces crean situaciones de extremada gravedad, de ceguera, «porque es tan grande nuestra locura, que está mejor aprisionada con desabrimientos y tristeza, desmayos, angustias, que nos parezcan semejanzas del infierno, que por andar sueltos con la libertad y regocijos que suelen traer los regalados de Dios»³⁸.

Ambos espíritus producen frutos contrarios y por ellos se conocen los árboles opuestos. El Maestro Ávila dibuja bien los contrastes: «¿No os han acontecido tener vuestra ánima seca, sin jugo, descontenta, llena de desmayos, atormentada, desganada, y como que no parece bien cosa ninguna buena? Y estando así en este descontento, y algunas veces bien descuidado, viene un airecico santo, un soplo santo, un refresco que te da vida, te esfuerza y te anima y te hace volver en tí, y te da nuevos deseos, amor vivo, muy grandes y santos contentos, y te hace hablar palabras y hacer obras que tú mismo te espantas. Eso es Espíritu santo; eso es Consolador, que en soplando que sopla, en viniendo que viene, os hallaréis como tocado de piedra imán, y con alientos nuevos, y obras y palabras y deseos nuevos; que antes no hallábades tomo en cosa ninguna, todo os estorbaba, todo os enojaba; ahora en todo hallaréis sabor y mucho contento, en todo os alegráis, todo os enseña. Una hierbecica que con atención miráis, os hace dar mil alabanzas a Dios, nuestro Señor»³⁹.

El místico y el prosista, el orador maravilloso andan aquí juntos señalando los contrastes entre los dos espíritus que, como dos vientos contrarios, menean a los hombres, llevándolos en direcciones opuestas. A esta lucha de contrastes pertenece el combate cristiano, en que está metida nuestra existencia. Es la distensión o discordia de las antítesis que formuló san Agustín: «Así como contraponiendo contrarios a contrarios, se realza la hermosura del lenguaje, lo mismo se compone el adorno y la hermosura del Universo, con una cierta elocuencia, no de palabras, sino de cosas contrapuestas»⁴⁰. Toda la vida se define como un *agon christianus* como

36 C. 174, p. 604.

37 *Audi, filia*. El libro I de esta obra se abre con unos capítulos sobre «A quien no debemos oír», y así trata del lenguaje del mundo, del lenguaje de la carne y del lenguaje del demonio, aspecto éste, que es el más ampliamente descrito. Como premisa a su tratado de estos lenguajes nos dice el santo: «Y aunque ellos –los lenguajes– en sí no tengan orden en su hablar, recojámoslos, para hablar de ellos, al número de tres, que son lenguaje del mundo y carne y diablo», p. 436. El libro II tiene un capítulo (17) donde expone «los lenguajes del demonio y cuánto los debemos huir», pp. 593-597.

38 C. 41, p. 246: «A una doncella atribulada por el demonio espiritual que sentía».

39 *Sermón 30*: Día de Pentecostés, 2, pp. 431-432.

40 *De civitate Dei*, 11, 18. *PL* 41, 332: «Deus... ita ordinem saeculorum tanquam pulcherrimum carmen ex quibusdam quasi antithetis honestaret».

una agonía o combate de contrarios, los cuales son vicios y las virtudes, las cuales crecen, se acendran o perfeccionan en la refriega con sus enemigos.

Juan de Ávila da importancia a esta ley, en donde se refleja la enemiga de los dos espíritus. A una devota mujer, que no sentía paz en su alma, le escribe: «Mirad que la virtud, si no es combatida, no es probada; y la no probada no es mucho de estimar. Y así como tiene la castidad sus combates, y la paciencia y otras semejantes virtudes, así las tiene nuestra fe y esperanza; y así como la mejor castidad es la más combatida, así cuando no sintiéredes en vos cosas que no combatan vuestra confianza, no penséis que es mucho de estimar»⁴¹.

En estas pruebas de tentaciones y tinieblas palpa el hombre su debilidad y conoce la vanidad de su ser. Por eso «Dios quiere meter a los suyos en tales trances, que ellos, por necios que sean, ven muy claro que no les aprovecha su juicio ni fuerzas; mas no los desampara ni deja en aquel abismo de obscuridad y desmayo; mas sácalos, o luego o al tiempo que a él le place y salen humillados y más confiados de Dios»⁴². El desmayo nos hace tomar los pulsos a nuestra naturaleza caída y ver las tinieblas en que se vive. Por eso, «de lo que sentimos en esos combates, quiere el Señor que aprendamos a tenerlo por verdadero y por bueno»⁴³.

Sobre el valor y estima de las tribulaciones el Maestro Ávila es tajante y viril, como hombre inmolado en muchos sacrificios voluntarios e involuntarios, y amante apasionado de la cruz. A las mujercitas débiles de su correspondencia les habla sin remilgos. A una señora que andaba con tentaciones le dice: «Señora, no os desmayéis, que más tenéis por qué confiar que no desconfiar... Coceos en el fuego de la tribulación, para que seáis fuerte como ladrillo, y no floja como adobe de barro, que en el agua se deshace, y seréis conveniente para piedra del cielo»⁴⁴.

El desmayo, para nuestro Santo, tiene en su frente contrario las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, porque va contra ellas. Contra la fe, porque ella «es la primera reverencia con que el ánima adora a su Creador, sintiendo de él altísimamente, como de Dios se debe sentir»⁴⁵.

A la señora doña Leonor Inestrosa, afligida con trabajos corporales y tristezas espirituales, y desconfiada de su salvación, le escribe: «Paréceme cierto que uno de los mayores pecados que vuestra merced tiene es sentir tasadamente de la bondad del Señor, que es sin medida. Y por una parte tiene a Dios por altísimo y al pecado por muy malo, por ser contra él; y por otra parte, siente de Dios bajamente, pues no confía que, por la inefable gracia que hizo al mundo en darnos su Hijo, usa de misericordia con los desarmados, para que sean traídos por la penitencia a ser amados, y reciban mercedes los que no merecían el pan que comían, y aun eran dignos de azotes»⁴⁶.

Con la crisis de la fe decae la esperanza y viene el desmayo y aun la desesperación sin confiar en la misericordia de Dios. El Maestro Ávila enlaza el desmayo con la desconfianza y a los que viven en esta situación, les recomienda apoyarse en el Señor. «Señora, no os desmayéis, que más tenéis por qué confiar que no desconfiar: Más amada sois del Rey celestial que aborrecida del león infernal»⁴⁷. A otra señora, tentada por la ausencia de Dios, le dice: «No os

41 C. 48, pp. 274-75.

42 C. 96, p. 433.

43 C. 48, p. 275.

44 C. 20 (2), p. 155.

45 *Audi, filia*, 2, 31, pp. 635 y 651.

46 C. 44, p. 261.

47 C. 20 (2), p. 152.

desmayéis, que no os desampararé, aunque os pruebe. Vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá»⁴⁸.

La caridad tampoco sale bien parada con el desmayo, porque la priva de sus mejores energías, y la hace floja, inerte, indiferente para los mejores valores. Naturalmente donde se desmayan la fe y la esperanza, el amor pierde su vigor y su fecundidad. Con ellos se vuelve egoísta, haciendo el dúo de los dos amores, que han fabricado las dos ciudades agustinianas. Pues estos dos amores están figurados en los dos hijos, que se hacían guerra en el seno de Rebeca, que según el Maestro Ávila representan los espíritus contrarios, que turban el reposo del hombre. Así el desmayo milita en este frente enemigo de las tres virtudes cristianas, y su raíz es también la soberbia que es el distintivo de los militantes de la ciudad terrena⁴⁹.

EL DOBLE CONOCIMIENTO Y LA DOBLE MIRADA

En la psicología del desmayo tiene singular importancia el ejercicio del doble conocimiento y de la doble mirada. Juan de Ávila es lúcido y penetrante sobre esta materia, y da buenas reglas para la dirección espiritual. «Dos cosas pedía en el tiempo pasado el bienaventurado san Agustín a nuestro Señor, diciendo: “Dame, Señor, que me conozca y te conozca”. Cosas son dignas que todos las pidamos y que ninguno esté sin ellas, si no quiere estar sin salud... Ninguno seguramente miró a Dios, si no se mirara a sí mismo»⁵⁰.

En otro pasaje repite: «¿Qué cosa más provechosa que la que san Agustín pide, cuando dice: “Conózcate a ti con amoroso conocimiento y conózcame a mí”? ¿Y qué cosa tan a lo propio para conocerse el hombre a sí mismo, como verse por experiencia en tales trances, que toca con manos, como dicen, su propia flaqueza tan de verdad, que queda bien desengañado de su propia estima? Y por otra parte, experimenta cuán verdadero es Dios en cumplir las promesas de su socorro en el tiempo de la necesidad, cuán fuerte en librar los suyos de la flaqueza y en darles admirable fortaleza súbitamente; y cuán lleno es de misericordia, pues visita y apiada a los que tan extremadamente están fatigados»⁵¹.

En este ejercicio el primer puesto hay que dar al conocimiento de sí mismo, porque, para Juan de Ávila, el fundamento del edificio espiritual es la humildad, que se adquiere mirándose a sí mismo como criatura contingente y pecadora. Pero a ésta ha de acompañar la mirada de Dios: ambas miradas o conocimientos han de combinarse con mucha prudencia, porque «lo que sirve para desmayar mirando a sí mismo, sirve para esforzar mirando a Dios»⁵².

El desequilibrio entre los dos conocimientos origina turbaciones y miedos, que desfiguran la imagen de Dios. Así le escribe a un señor que estaba enfermo: «A lo que de vuestra señoría entiendo, tiene más de propio conocimiento que de conocimiento de Dios, y por eso tierná más

48 C. 19, p. 150.

49 Véase en *Audi, filia*, 2, 97, p. 806-807, la hermosa traducción que hace del *De civitate Dei*, 14, 28. PL, 41, 436.

50 C. 12, p. 106.

51 *Audi, filia*, 2, 29, p. 630.

52 C. 122, p. 486.

de temor que de esperanza y de amor»⁵³. A una doncella enferma y desmayada en su camino a Dios reprende de este modo: «Despierte ya, señora, y tenga a sí por quien es, y a Dios por quien es. Y si desechada se sintiere, súfralo con humildad, pues así lo merece»⁵⁴.

Tal es conocimiento provechoso: saber quién es cada uno y poner a Dios en su trono, y el hombre a sí mismo en el banquillo. El desmayo sirve también para revelar el Señor las riquezas de su bondad. «¿Quién desmayará por sus faltas, si el Señor quiere enseñar sus riquezas en los vasos miserables para gloria de su misericordia?»⁵⁵.

La doble mirada ha de vigilar para que no se caiga en situaciones penosas: «No se desmaye, le dice a la Duquesa de Arcos, en ninguna manera por verse tal, ni pare su vida en sí misma, sino luego pase a Dios y diga: ¡Oh bondad admirable que a cosa tan indigna amáis! ¡Oh bendita paciencia que tales faltas sufrís!»⁵⁶. Siempre es la misma práctica de descenso y ascenso la que mantiene al hombre en sano juicio. Tanto el olvido de sí mismo como la excesiva introspección son extremos vitandos: «Cuando un hombre se olvida de sí, luego se engríe, y como no ve tachas, pierde el peso del temor santo, y hácese liviano, como nao sin lastre, y pierde sus áncoras en tiempo de tempestad, cuyo remate es ser llevada acá y acullá, hasta ser perdida»⁵⁷.

Por eso Juan de Ávila previene contra el abuso del propio conocimiento donde las alas del espíritu pueden quedar apegadas al propio yo, cortando todo vuelo de elevación: «Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan a la continua y como más de cerca sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazón»⁵⁸. Frecuentemente insiste en este consejo. A una escrupulosa escribe: «Si a vos sola miráis, daros ha asco de vos, y desmayaréis viendo tanta miseria»⁵⁹.

A los sermones llevaba esta doctrina, y nótese con qué viveza: «Decid ¿qué cosa hay más segura que tener a Dios, que temblar de Dios? Pues hay ahí gran barranco, hay ahí armado lazo. Bueno es conocer el hombre quién es, bueno es pensar el hombre en sus miserias; pero ha de tener tiento, no ha de pensar mucho, no ha de ahondar mucho; no escarbes mucho, que peligrarás. Cuando uno pasa un río, si no tiene la cabeza buena, acaece que mira tanto al agua que corre, que se anda la cabeza y cae. ¿Qué remedio? No mirar al agua, mirar a la orilla, mirar la tierra firme. Bueno es pensar los pecados, bueno es tener dolor de tu miseria, pero no demasiado. No has de pensar luego que estás ya en el infierno; no es posible, mira que se te anda la cabeza. No mires al agua, mira que caerás pronto muy presto, mira que eso es víspera de la desesperación; no te mires de esa manera, mira a tierra firme, mira que la misericordia de Dios te puede perdonar eso y mucho más que eso. No seas loco; guárdate, mírate con prudencia»⁶⁰.

En el mismo sermón denuncia los dos peligros que hay aquí: «Dos peligros muy grandes entre otros, traemos en esta vida, de los cuales nos cumple apartar: el uno es no mirarnos, no tomarnos cuenta de quién somos; el otro es, después de haber sabido quién somos, desmayar:

53 C. 18, p. 134.

54 C. 32, p. 210.

55 C. 134, p. 504.

56 C. 90, pp. 413-14.

57 C. 12, p. 107.

58 *Audi, filia*, 2, 68, p. 725.

59 C. 139, p. 515.

60 *Sermón*, 48, 2, pp. 743-44.

¡Ay de quien no se ha mirado! ¡Ay de quien ni trae cuenta consigo y procura de saber quién es! ¡Y ay de aquel que, después que se ha mirado y después que ha hecho la cuenta de lo que es, desmaya! El no mirarse, el no saber quién es, acarrea un grande mal, que es soberbia, presunción, tenerse en mucho, pensando que es algo. El haber puesto en sí los ojos, el haber conocido lo poco que es, el haber venido a conocimiento de cosa tan baja, acarrea desmayo»⁶¹.

Por eso el cristiano camina entre dos abismos, y necesita cautela para no perder la cabeza. San Agustín decía: «De la miseria del hombre está llena la tierra, y de la misericordia de Dios está llena la tierra»⁶². Son como dos grandes ríos entre los cuales fluye la existencia humana. Juan de Ávila piensa lo mismo: «Plega al Señor, escribe a un amigo suyo sacerdote, nos dé luz para ver estos dos abismos, tan diferentes, para que la vista del nuestro no nos desmaye, confortada con la del Señor; que de otra manera dirá el más estirado: *Cor meum dereliquit me*, de ver en sí tantas deudas pasadas y presentes y que tiene por venir»⁶³.

Estos grandes ríos o abismos no corren paralelos, sino se abrazan y juntan sus aguas, porque la misericordia de Dios busca la miseria humana, y la miseria humana busca el encuentro de la misericordia de Dios: «Este es el abismo que dice el profeta que llama al abismo; el abismo de la misericordia de Dios llama al abismo de la miseria del hombre, para que el hombre esté admirando y amparando y contemplando un piélagos de tan inmensa misericordia». Pudiera parecer, sobre todo a los que no meditan bastante en el realismo cristiano del pecado, que el Maestro Ávila es muy negro y pesimista en sus cuadros o pinturas del hombre caído. Pero no exagera y describe lo que sabe por la experiencia propia y el sondeo de muchas almas que acudían a él, buscando remedio en sus aprietos.

LA MEDICINA CONTRA EL DESMAYO

El P. Ávila fue como un gran hospital público de almas enfermas que se ponían en sus manos, esperando la curación. En su *Epistolario*, que consta de 257 cartas, aparece toda clase de personas, desde las más calificadas, como santa Teresa de Ávila, san Ignacio de Loyola y los altos dignatarios de la Iglesia hasta los devotos más humildes de la sociedad española. Naturalmente las mujeres tienen una muy nutrida representación en este desfile. Aristócratas, plebeyas, casadas, doncellas, religiosas iban al hospital de Ávila, buscando luz, socorro, fuerzas para vivir: Almas femeninas, cargadas cada una con su cruz, dolidas con sus trabajos y pesadumbres, descontentas de su manera de vivir en medio de sus dudas y temores y escrúpulos acerca de su salvación, con sequedades y desmayos, acosadas por el miedo a la justicia de Dios y su destino futuro, viviendo en la oscuridad de sus conciencias y la tristeza de sus culpas, desanimadas ante las fuerzas de los enemigos del alma, ansiosas de redención y de libertad.

El P. Ávila entró en este mundo femenino con su espíritu carismático y bienhechor. Sabía que el alma femenina era muy delicada y vidriosa. A una señora tentada por la ausencia de Dios

61 *Sermón 48*, 2, p. 718.

62 *En. in ps.* 32, 3. *PL.* 36, 287.

63 *C.* 211, p. 702.

le escribía: «No os desmayéis, que no os abandonará, aunque os pruebe; Vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá»⁶⁴. Sabía que las mujeres eran fáciles al desmayo: «Un padre decía que, en dejando nuestro Señor de regalar a las mujeres, luègo se desmayaban y desconfiaban, pensando que estaba mal con ellas»⁶⁵.

Esta fragilidad femenina la tiene muy en cuenta el psicólogo que es el Maestro Ávila. A una monja, dirigida suya, le escribe: «No os dejéis endurecer con la tibieza, que es muy mala enfermedad de curar. Ni os desmayéis porque no estáis siempre en aquel fervor que era razón; y sois mujer y no ángel, flaca y no con firmeza»⁶⁶. Por eso su método curativo era levantar los ánimos, infundir confianza y sobre todo enseñar a mirar: «Porque no sólo este mal, mas muchos suceden de aqueste desmayo y desconfianza, que nace de mirar el hombre a sí mismo a solas. Pues ¿qué remedio tenemos, pues no nos podemos dejar de mirar, y mirarnos causa desesperación? Por cierto, el que suelen dar a los que pasan por algún río, y les avisan diciendo: No miréis al agua que corre, porque se os desvanecerá la cabeza y caeréis y os ahogaréis; mas mirad hacia arriba, fuera del agua e iréis por las aguas seguro. Esas aguas, señora, que corren hacia abajo, nuestras obras son, a las cuales solas ningún hombre miró, que no le diese desmayo»⁶⁷.

Se trata, pues, de un arte de bien mirar, cuyo blanco es Jesucristo, nuestro Redentor: «Conviene, pues, no mirarnos a solas, mas con mirarnos y llorarnos, alzar los ojos arriba, considerando a Jesucristo, nuestro Señor, el cual es tal lleno de misericordia y remedio y de merecimientos para nosotros que basta y rebasta para consolar y enriquecer a los muy tristes y pobres»⁶⁸. He aquí el remedio y medicina contra toda desconfianza, tristeza y desmayo. Sobre este punto insiste sin cansarse el P. Ávila, para quien la liberación de todas tristezas y desesperaciones que trajo al mundo el pecado, viene de Jesucristo.

Dice de él el P. Luis de Granada: «Algunas veces le oí decir que él estaba alquilado para dos cosas, a saber, para humillar al hombre hasta darle a conocer el abismo profundo de su vileza, y glorificar a Cristo, porque realmente su principal intento y su espíritu y su filosofía era humillar al hombre, hasta darle a conocer el abismo profundo de su vileza; y por el contrario, engrandecer y levantar sobre los cielos la gracia y el remedio y los grandes bienes que nos vinieron de Cristo. Y así muchas veces, después de haber abatido y casi desmayado al hombre con el conocimiento de su miseria, lo vuelve luego y casi resucita de muerte a vida, esforzando su confianza con la declaración de este sumo beneficio, mostrándole que mucho mayores motivos tiene en los méritos de Cristo para alegrarse y confiar que en todos los pecados del mundo para desmayar»⁶⁹.

Es decir, cumplió la misma misión que Cristo realizó en la tierra, según san Agustín: «Vino Cristo como hombre para que se disminuyese la gloria de los hombres y creciese la gloria de Dios. Quede menguado el hombre en sí mismo y aumente delante de Dios»⁷⁰.

64 C. 20 (1), p. 150.

65 C. 228, p. 759: «A una persona que padecía sequedades y tentaciones».

66 C. 159, p. 579.

67 C. 44, p. 258.

68 *Ibid.*

69 *Vida*, 1, 3, c. 8.

70 *In Jn. epist.* 14, 5. *PL.* 35, 1504.

Tal fue la medicina pastoral del P. Ávila para curar las dolencias y depresiones en sus confidentes. A doña Leonor de Inestrosa, que traía el alma hollada de la desconsolación, le recomienda: «Mas si Dios encaminase a vuestra merced quien le supiese distintamente declarar qué bien es Jesucristo, nuestro Señor, luego huirían de su ánimo esas desconsolaciones que tanto desmayo le causan, como *huía del rey Saúl el espíritu malo* al sonido de la música dulce del profeta David (1 Rg. 16, 23). No hay ánimo que tan desconsolada esté, que la nueva alegre de quién es Jesucristo no baste a levantarle de la tristeza y desconfianza y henchirla de gozo, si ella se quisiere aprovechar»⁷¹. El conocimiento y amor de Jesucristo es el antídoto de los males que afligen a los hombres. A él, pues, han de dirigirse las miradas para conseguir el sosegado conocimiento, del que habla el Maestro Ávila, libre de las turbaciones que origina el mucho mirarse a sí mismo y sus flaquezas.

A un sacerdote, tentado de desconfianza y de los bienes que tenemos en Cristo, le dice: «Porque si a sí mismo se mira, como todos seamos llenos de faltas, nunca en su alma faltará desmayo ni sentiría ser amado; y andando así, ¿cómo servirá al Señor, ni contentará a su santo Espíritu, que en nosotros mora, pues es él alegre y nosotros le entristecemos con nuestra angustia y desmayo, contra lo cual san Pablo dijo: “No queráis entristecer al Espíritu santo del Señor”?»⁷².

El no sentirse amado de Dios, como este sacerdote, es uno de los componentes del desmayo femenino. Y la causa es no mirar bien a Jesucristo, que nos amó y se entregó por nosotros. Cristo es el gran testigo del amor del Padre a los pecadores, que defendió y salvó de su justa venganza. De modo que hay bondad en Dios para amarnos y merecimientos en Cristo para ser amados. Y esta fe en el amor de Dios es el mejor viático de la existencia cristiana. Ciertamente todo pecado engendra miedo a la justicia superior, con desconfianza, tristeza y desmayo. Esta justicia es incomprensible y su solo pensamiento amedrenta. «¿Queréis entender quién es Dios? La cosa más misericordiosa que se pueda pensar, y la cosa más rigurosa que se puede decir»⁷³. Pues Cristo se interpuso entre la justicia y la misericordia de Dios y las maldades y fragilidad humanas. «Se hizo escudo fuerte que recibió los golpes de la justicia divina, que merecían nuestros pecados»⁷⁴.

Con esto aplacó el rigor de la justicia, y no obtuvo los beneficios de la misericordia y del perdón. Se hizo al mismo tiempo nuestra justicia, es decir, nos hizo justos, haciéndonos agradables ante los ojos de Dios por su gracia, armándonos contra toda desconfianza: «Si le desmayan sus deméritos, escribe a un sacerdote con tentaciones de desconfianza, acuérdesese que una dádiva que el Padre en Cristo nos da es suelta de nuestras deudas y amansamiento de la ira que merecían nuestros pecados. ¿Qué duda del perdón, pues no duda de la pasión que por los pecados pasó?»⁷⁵. En Cristo la misericordia supera el rigor del juicio: «Mayor es tu misericordia que mi maldad, y por eso más confío por ti que desespero por mí»⁷⁶.

El recurso a Cristo es constante en el Maestro Ávila con todo y contra todo desmayo. A una persona escrupulosa le da este remedio: «¿Hasta cuándo habéis de andar escarbando tanto como

71 C. 44, p. 256-257.

72 C. 160, p. 582.

73 *Sermón*, 24, 2, p. 238.

74 C. 44, p. 263.

75 C. 160, p. 581.

76 C. 44, p. 264.

escarbáis en vuestro muladar, que no sacaréis sino cieno y mal olor? Acabad ya de creer que no por vos sino por Jesús crucificado habéis de ser sana y amada. Y no os desmayéis tanto por vuestras faltas»⁷⁷.

Con mirar a Cristo se levantan los ánimos, y cobran confianza y esperanza de salvación. A un predicador desalentado aconseja: «Por tentación cierta tengo la desconfianza de salvación que vuestra merced dice; y no sólo por cierta, mas por necia; que tal nombre merece la que no se quita con los bienes que tenemos en Cristo, como si este negocio fuese obra de vuestras manos o premio de nuestros méritos, y no antes gracia de Dios por Jesucristo. Esanche vuestra merced su pequeño corazón en aquella inmensidad de amor con que el Padre nos dio a su Hijo y con él nos dio a sí mismo y al Espíritu santo y todas las cosas»⁷⁸.

Refugiarse en esta inmensidad de amor con fe viva ahuyenta temores, abatimientos y desesperaciones. Toda la vida del Hijo de Dios se ordenó a esta liberación espiritual, «porque los misterios que obró Cristo en su bautismo y pasión son bastantes para sosegar cualquier tempestad de desconfianza que en el corazón se levante»⁷⁹.

Sobre todo Cristo elevado en la cruz atrae las almas que sufren y acuden a él. A una doncella, atribulada por el desamparo que sentía, le anima diciendo: «Cerrad vuestros ojos a todo aquello que causa desmayo y arrojaos en las llagas de aquel que por vuestro bien las recibió, y hallaréis descanso»⁸⁰. Siempre la salvación viene de poner los ojos en Cristo, en quien está la resurrección y la paz.

Dígase lo mismo de la eucaristía, cuyas alabanzas no se agotan en la boca de san Juan. De falta de alimentos corporales vienen muchos desmayos y por carecer de este divino manjar desfallecen las almas y se derriban los ánimos. Contra los dos males es antídoto eficaz el pan celestial de Cristo: «¿Qué remedio para estos dos males, para los que nunca se miran, y para los que mirándose mucho desmayan? “Mi carne, dice Jesucristo, es manjar y mi sangre cosa para beber”. ¿Habrá aquí por ventura algún flaco desmayado que diga: “¿Quién soy yo para ir al cielo? ¿Quién soy yo para que Dios me perdone”? ¿Que está temblando de Dios? A ese tal dice Jesucristo nuestro Señor: “No desmayes; esfuérzate, prosigue lo que comenzaste. No desfallezcas en la mitad del camino, que de todo es remedio mi carne. No te espanten tus males ni tus pecados, que de todos es medicina y cura mi carne. Es fuerza a tu flaqueza, dará fuerza a tu desmayo; quitaré todo el miedo y darte ha sosiego. Mi sangre refrescará tu sequedad, recreará tu ánima. Más puede este santísimo manjar para alegrarte que tus pecados a entristecerte. Más te esforzará y confortará este manjar que los demonios y el ver quién eres te puede desmayar»⁸¹.

Con esta prosa tan psicológica y esencial exhorta a los desmayados a acercarse al sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo en quien todas las enfermedades, flaquezas y melancolías hallan remedio cierto y eficaz. Así pasó Juan de Ávila por este mundo, cumpliendo la misión de Cristo, consistente en rebajar la gloria del hombre y ensalzar la de Dios hasta la cumbre de las glorias.

77 C. 139, p. 515.

78 C. 160, p. 580.

79 *Audi, filia*, 2, 68, p. 726.

80 C. 41, p. 248.

81 *Sermón* 48, 2, p. 744. «Todo el esfuerzo que pone un manjar bueno en un cuerpo enflaquecido y desmayado, ese mismo pone la carne de Cristo a un ánima desmayada, desesperada y flaca, que ya está para perderse», *Ibid.*

Como hemos podido ver, en el desmayo señaló una enfermedad espiritual cuyo virus está siempre presente para acometer a los hombres, como acometió a tantos contemporáneos suyos. Hoy que se habla tanto de crisis de esperanza, la doctrina de san Juan de Ávila tiene plena vigencia para tantos desmayados de nuestra sociedad.

JOSÉ OROZ RETA
Profesor Emérito de la Universidad
Pontificia de Salamanca